

tencia para mí: mis hijos en primer término; después la tierra, ó sea la propiedad; después los libros, ó sea el estudio y la contemplación de la Naturaleza. (Con ternura y acento firme.) Créelo, estos son los únicos bienes apetecibles, y además las únicas amistades fecundas y verdaderas: la familia, manantial de goces infinitos; el suelo, un pedazo de esa tierra que te devuelve generosa los cuidados que pones en ella; y por fin, el libro sano y ameno que te deleita, te calma y te instruye. Pues nada de esto me concede Dios á mí. Sin duda me priva de lo que más amo para concedérmelo en otro mundo mejor.

OROZCO. Así será. Pero debe usted, con su buena conducta en éste, asegurar la posesión de todos esos bienes en el otro.

VIERA. ¡Buena conducta! (Con asombro.) ¿Qué quieres decir?... Querido Tomás, no me ofendas con un juicio tan... ligero, tan impropio de la elevación de tu alma. O quizás pretendes que sólo es respetable la existencia de los capitalistas, y que la nuestra, la de los pobres, no merece que luchemos, que agucemos el ingenio por ella. No, hijo mío; el derecho á la vida nos corresponde á todos. No vayas á creer que ese derecho va exclusivamente adscrito á las acciones del Banco, al cuatro amortizable, y á la propiedad rústica ó urbana...

OROZCO. (Impaciente.) ¡Lástima de ingenio!... ¿Pero á qué tanto divagar?... No perdamos tiempo, Joaquín, y sepamos el objeto de su visita y de su viaje.

VIERA. (Con emoción, estrechándole las manos.) Tomás, Tomás, mucho me duele que todas mis aproximaciones á tí tengan siempre un objeto... poco grato, al menos

en apariencia. No puedes figurarte la pena que esto me causa.

OROZCO. (Serenamente.) No se apure usted, y vea cuán tranquilo estoy.

VIERA. Te quiero... como á mis hijos... casi estoy por decir que más, más.

OROZCO. Gracias.

VIERA. Y no quisiera llegarme á tí sino con la cara risueña.

OROZCO. ¿Por qué la pone usted tan lúgubre?

VIERA. Lúgubre no... es que el asunto es un poco desagradable... Voy á parar á lo siguiente: Siendo tú quien eres, la conciencia más pura que hay bajo el sol, has de tener á gala y orgullo el devolver á sus legítimos poseedores lo que por olvido ó negligencia, no por malicia (con afectación), ¡no, no! está en tu poder.

OROZCO. ¿Y qué es eso que no me pertenece y que yo retengo?...

VIERA. (La mano sobre el pecho.) ¿Dudas de mi palabra?

OROZCO. ¿Pues no he de dudar?

VIERA. Pues mi palabra sola te ha de convencer, sin necesidad de apelar á la prueba fehaciente. Escúchame. ¿Te acuerdas de las obligaciones de *Proctor y Barry*?

OROZCO. Sí que me acuerdo. Todas fueron canceladas, parte el 78, parte el 82. Sobre esto no tengo duda. He revisado estos días el expediente. Todas, todas...

VIERA. Todas... (con sutileza) menos una. Tomás, aguza la memoria. Conozco mejor que nadie los asuntos de la *Humanitaria*, fundación mía y de tu padre. Canceladas las obligaciones... menos una.

OROZCO. Menos una, es cierto, que había sido reservada por

el viejo Proctor para su hija mayor, Adelaida. Dicha obligación la liquidamos cuando murió esta señora allá en...

VIERA. En Sidney. Pero no fué como tú dices, Tomás de mi vida. Haz memoria... no fué así. Liquidásteis una póliza, que esa señora poseía también; pero la obligación, que era de las de ocho mil libras, quedó pendiente, por no encontrarse el documento original. Se hizo una información, que no resultó clara, y el asunto quedó en tal estado. Los Proctor murieron todos en una serie de catástrofes horribles, naufragios, terremotos, epidemias... Sólo queda Benjamín, que recogió á los hijos de Adelaida, y que ha llegado hace poco de Australia.

OROZCO. ¿Y ese Benjamín es el que ha descubierto la obligación perdida?

VIERA. Cierto.

OROZCO. Comprendido... A ver... venga. (Con impaciencia.) Quiero saber qué trazas tiene ese documento.

VIERA. (Sacando un papel.) Ahí está. Examínalo con la diligencia que quieras. (Mientras Orozco examina con profunda atención el documento presentado por Viera, éste se levanta, y con las manos en los bolsillos se pasea por la habitación, hablando para sí.) Á ver por qué registro sales ahora, hipocritón, cuáker de mil demonios. Estás cogido. La red es hermosa, y admirablemente tejida con hilos legales; y por más que la busques, no encontrarás malla rota para escabullirte. (En alta voz.) ¿Qué piensas de eso? ¿Cabe en tí la sospecha ó el recelo de que la obligación pueda ser falsa?

OROZCO. No; es legítima.

VIERA. Luego, yo no soy un falsario, querido Tomás. Devuélveme tu estimación.

OROZCO. La deuda es legal; yo no lo niego; pero surge la duda de que esta obligación esté comprendida en el arreglo que se hizo en 1874. Es, por lo menos, discutible el derecho de Benjamín á realizar este crédito. (Levantándose, entrega la obligación á Viera.) Tome usted su papel.

VIERA. ¿Qué decides?

OROZCO. (Con frialdad y aplomo.) Decido... no pagar.

VIERA. ¿No reconoces la legalidad de la deuda?

OROZCO. La reconozco, pero la declaro prescripta.

VIERA. (Desconcertado.) Reflexiona, Tomás; no te arrebatas. Benjamín pleiteará, y te verás metido en un lío espantoso, y perderás con costas.

OROZCO. (Paseándose y mirando al suelo.) Lo veremos. La cuestión es muy problemática.

VIERA. (Con mirada penetrante.) Tomás, eso es... indigno de un hombre como tú. Confórmate con el arreglo que te propongo, en nombre de Proctor, la mitad, cuatro mil libras.

OROZCO. No quiero... ¿Se sorprende usted?...

VIERA. ¿No he de sorprenderme? Soy un hombre muy es-

OROZCO. Pues yo no.

VIERA. Que no eres escrupuloso!...

OROZCO. ¡Qué cara pone usted!

VIERA. ¡Tomás, Tomás!

OROZCO. Me he cansado del papel de puritano que la opinión se empeña en hacerme representar.

VIERA. (Aparte.) ¡Pero este hombre se está burlando de mí!

OROZCO. Leo en el pensamiento y en las intenciones de usted como en un libro, amigo Viera. Usted ha visto en mí un ardiente apóstol de la moral pura, capaz de dejarse desollar vivo antes que retener un ma-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO
"ALF. 103 MONTELEONE"
1946. 1925 MONTELEONE, MEXICO

ravedí que no le pertenezca, y se dijo: «Compro la obligación por una bicoca, lo cual no es difícil, porque los ingleses pasan por todo antes que pleitear en España; me presento con mis papeles en regla; el hombre se amilana; su inflexible rectitud hace mi negocio; cobro á toca-teja, y hasta otra.» ¿Es esto, sí ó no, lo que usted pensaba?

VIERA. Tomás, tú desvarías.

OROZCO. Pues ahora resulta que el hombre de conciencia rígida no existe más que en la infundada creencia de los necios que han querido suponerle así; resulta que Orozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que desea mantenerse en el justo medio entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo brutal de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho estricto y la moral pura en cuestiones de intereses; de todo lo cual resulta también que al negociante que me escucha le ha salido mal la cuenta, y que por esta vez su maniobra ha sido un verdadero fracaso.

VIERA. (Tragando saliva.) Tú harás lo que gustes. Yo he cumplido contigo. Fracasadas mis gestiones conciliadoras, te entenderás con Benjamín, que inmediatamente entablará la acción correspondiente.

OROZCO. Ese señor hará lo que le acomode. Si quiere pleitear, que pleitee.

VIERA. Ya voy viendo que haces el papel de hombre recto en todo aquello que no afecta á tus intereses. Eso no está bien, Tomás, hijo mío. Yo te aseguro...

OROZCO. No asegure usted más que una cosa.

VIERA. ¿Qué?

OROZCO. Que no pago.

VIERA. (Con sofocada ira.) Pues me pones en un conflicto tremendo. De modo que si el inglés pleitea, y pleiteará, tendré que ponerme frente á tí y al lado suyo; ¿qué cosa tan contraria á mis sentimientos!, porque no puedo negarme á ofrecer á la justicia mi conocimiento de la curia española y de cómo se llevan aquí los negocios de cierta clase.

OROZCO. Muy bien.

VIERA. No, no lo haré... Soy mejor que tú.

OROZCO. Lo celebro mucho.

VIERA. Aunque nadie me ha llamado nunca *el hombre modelo*, yo... tengo ideas claras de la justicia, de la propiedad, del derecho... Si no te quisiera como te quiero, te hablaría con mayor dureza. Tomás, Tomás, si aún conservas un resto de cariño para el que fué leal amigo de tu padre, para el que te tuvo tantas veces sobre sus rodillas; si mi voz, mi persona, estas canas hablan algo á tu corazón, trátame de otra manera. No, no puedo tolerar que te veas envuelto en un litigio dispendioso, después del cual, ganado ó perdido, tu honra quedaría por los suelos. No, eso no; tu buen nombre antes que nada. Tomás, hijo mío, es preciso que arregles esto. ¿No comprendes la necesidad imprescindible de cancelar la obligación? Estoy autorizado para negociar libremente, y te propongo una transacción. Si tú eres razonable, yo, en obsequio tuyo... Vamos, quédese la cosa en tres mil libras.

OROZCO. (Flemático, glacial.) Ni un cuarto.

VIERA. Piénsalo... piénsalo, por Dios. Te doy un día para pensarlo.

OROZCO. Aunque me dé usted un siglo, yo... no puedo darle nada.

- VIERA. (Devorando su despacho.) Lo siento por tí... Cree que lo siento... Me das un golpe...
- OROZCO. Un golpe tremendo, lo sé... Pero usted... ¡ah! usted es hombre de grandísima resistencia, y después del golpe, sigue tan terne en su campaña, y achicándose en sus pretensiones para asegurar un resultado cualquiera, llegará á proponerme dos mil libras.
- VIERA. (Aparte.) ¡Da dos mil libras! (Alto.) Tomás, me ofendes con proposición tan humillante. Rebájate todo lo que quieras; pero no incurras en esa sordidez vergonzosa.
- OROZCO. Pero si yo no le propongo á usted las dos mil libras. Digo que usted las propondrá y que se las niego también.
- VIERA. ¿Serías capaz de no recoger la obligación por esa miseria?... ¡Dos mil libras! Tú has perdido el juicio.
- OROZCO. Concluyamos. (Con resolución.)
- VIERA. ¿Das las dos mil libras?
- OROZCO. No; es mucho. De algún tiempo á esta parte me he vuelto muy tacaño.
- VIERA. (Riendo.) Ya lo veo... ya.
- OROZCO. Doy... Advierto que esta proposición es cerrada, indiscutible. Usted la acepta ó la rechaza, y concluimos.
- VIERA. (Con ansiedad.) A ver...?
- OROZCO. Doy... mil doscientas libras.
- VIERA. ¡Mil doscientas libras! ¿Y no se te cae la cara de vergüenza al hacerme tal proposición?...
- OROZCO. No se me cae; vea usted, la tengo donde la he tenido siempre. A decidirse pronto.
- VIERA. ¡Oh! lo pensaré... La cosa es grave... Tu obstinación...
- OROZCO. Trato hecho.

- VIERA. No, no te precipites. Siquiera mil quinientas, Tomás.
- OROZCO. No aumento ni un chelín. Y es buen negocio para usted.
- VIERA. Pues... por no reñir contigo, por conservar tu amistad... acepto... ¿Y cuándo?
- OROZCO. Ahora mismo. Extenderé un talón.
- VIERA. No, no.
- OROZCO. ¿Qué quiere usted?
- VIERA. Dame papel Londres. Una letra de mil libras á mi orden, y á cargo de tus banqueros, los Ruffer. Las doscientas libras me las das aquí en pesetas... ¿Qué cambio?
- OROZCO. Pase usted á mi despacho.
- VIERA. Ah! sí, tengo que escribir á Londres.
- OROZCO. Ahí está Malibrán escribiendo cartas... Extienda usted la letra y la firmaré.
- (Aparece Augusta en la primera puerta de la derecha, y se detiene en ella como esperando á que salga Viera para entrar.)
- VIERA. Bueno.
- OROZCO. Y si quiere liquidar las doscientas libras en pesetas, ahí está la cotización.
- VIERA. Supongo que me las pondrás al cambio de 26,50.
- OROZCO. Como usted quiera: no reñiremos.
- VIERA. (Dirigiéndose al despacho.) Dura está la carne de la oveja... Pobre lobo, conténtate con una hilacha.

ESCENA VIII

OROZCO; AUGUSTA

- AUGUST. ¡Qué hombre, qué monstruo! cuéntame... Yo rabiaba de curiosidad, y abrí un poco la puerta.

- Pero no pude enterarme bien. ¿Le has dado algo?
- OROZCO. Lo menos posible.
- AUGUST. ¡Ay! deja que me reponga del terror que me causa.
- OROZCO. ¿Terror?... A mí me divierte. Histrión más perfecto no creo que exista.
- AUGUST. Pero qué...? Creí entender algo de una obligación olvidada.
- OROZCO. Sí, de las de ocho mil libras.
- AUGUST. ¿Pero es legítima? Porque ese sería capaz de falsificar...
- OROZCO. Es legítima.
- AUGUST. ¿Y qué... te has negado á pagarla?
- OROZCO. Aunque bien pudiera sostenerse la prescripción, y no la admito, no puedo admitirla, y el crédito ese, como deuda sagrada, debe pagarse.
- AUGUST. Tomás de mi alma ¿serás capaz...?
- OROZCO. Ten calma. No sabes...
- AUGUST. Tu rectitud ha venido á ser una verdadera demencia. Esas deudas fiambres, obscuras y antediluvianas no se pagan nunca. Consulta el caso con todos los hombres de negocios, y verás...
- OROZCO. No me hace falta consultar á nadie. Esa obligación pendiente pesa sobre mi conciencia, y no estaré tranquilo hasta que de ella no me descargue.
- AUGUST. ¡La conciencia...! (Alarmada.) Explicáte: ¿pagas...?
- OROZCO. Sí; pero no he dicho que á Viera.
- AUGUST. Pues no lo entiendo. ¿Es ó no Joaquín poseedor legítimo de la obligación?
- OROZCO. Lo es. Hoy, antes que él viniese, recibí carta de Horacio Ruffer, en la cual me dice que Viera dió por esa obligación un diez por ciento de su valor nominal, es decir, ochocientas libras. Yo le doy el quince, mil doscientas libras.

- AUGUST. Y negocio concluído.
- OROZCO. Concluído por parte de él; por parte mía, no, porque pienso pagar íntegramente... De modo que aún tengo en mi poder (calculando) libras... seis mil ochocientas.
- AUGUST. ¡Pagar íntegramente!... ¡y á quién! (Alarmada.) Ay, hijo, yo voy á llamar á un médico. Tú estás malo, Tomás... ¿Has pensado bien...? Explicame, por Dios.
- OROZCO. Escúchame. Joaquín es un mónstruo; tú lo has dicho. Entre sus muchas responsabilidades ante Dios y los hombres, la más notoria es la perversa educación de sus hijos: el abandono en que los tiene, sin apoyo moral, sin medios honrosos de subsistencia. La penuria, la falta de autoridad doméstica, condujeron á Federico... bien lo sabes... á una vida de angustias humillantes. Por las mismas causas, Clotildita se ve precisada á buscar marido de una manera... poco decorosa. Y yo digo: ¿rectificar los errores de ese aventurero, no es un acto de alta justicia? ¿No procedo con absoluta equidad, sustrayéndole, con astucia no inferior á la suya, la mayor parte de lo que le pertenece, para mejorar con ello la existencia de sus infelices, olvidados hijos? (Augusta, paralizada por la estupefacción, no acierta á decir palabra alguna.) ¿Has oído aquello de que «ladrón que roba á ladrón...?» Pues sí, yo, yo le quito á ese tunante el valor casi íntegro del crédito que adquirió, se lo estafo con regocijo y satisfacción santa de mi conciencia.
- AUGUST. ¡Oh, qué grandeza... increíble grandeza de alma! ¿Tú eres el ladrón... de ese...?
- OROZCO. Y no sólo soy su ladrón (con elevado humorismo), sino

su asesino, porque le mato, le entierro, le doy por fenecido, puesto que entrego su peculio á sus herederos... ¿Lo comprendes ahora? Pues con las seis mil ochocientas libras, constituí un fondo, que dividido en partes iguales, poniéndolo á nombre de Federico y de Clotilde, en títulos intransferibles. Federico podrá vivir de este modo en modesta holgura, y si es hombre capaz de apreciar los beneficios de la vida ordenada, no dudo que se corregirá de ciertos hábitos... En cuanto á Clotilde, no hay que decir que sabrá sacar partido de su herencia.

AUGUST. (En un raptó de entusiasmo.) Tomás, me rindo á tu bondad y á tu entendimiento, que ya me parecen sobrenaturales... ¡Qué hombre! ¡Qué gloria para mí tenerle! (Le abraza con efusión.) ¡Debo adorarte de rodillas! ¡Qué grande eres!... ¿Ves?... se me saltan las lágrimas de alegría... de admiración...

OROZCO. No creo que Federico, presentada la cuestión de este modo...

AUGUST. ¡Oh, no... imposible!

OROZCO. Háblale tú... explícale... Hazle comprender...

AUGUST. Veremos... Hoy vendrá á comer.

ESCENA IX

LOS MISMOS; VIERA, MALIBRÁN (que salen del despacho, ambos con varias cartas en la mano.)

OROZCO. (Tocando un timbre.) ¿Han escrito ustedes? Que lleven las cartas al correo. (Entra un criado, que recoge las cartas.)

VIERA. (Á Augusta.) Señora mía: dicha y honor grande es para mí besar sus piés, ponerme á sus órdenes y saludarla como gala de esta sociedad, compañera

de mi mejor amigo, y ángel de bondad y de virtud.

AUGUST. ¡Jesús, qué inciensol... Gracias, Joaquín... Me asfixia usted... (Á Malibrán.) ¿Pero estaba usted ahí?

MALIB. Tomás me ha permitido contestar aquí mi correspondencia extranjera.

AUGUST. (Con énfasis.) Ah! Flojitos negocios trae usted entre manos. Ya me figuro los sobres... «al canciller príncipe de Bismark... al canciller de Austria-Hungría... al *signor* Crispi...» ¡ja... ja...!

MALIB. (Aparte á Augusta.) Qué gracioso! Por burlarse de mí, ha sacado á relucir la *Triple Alianza*. Es que anda usted muy preocupada estos días...

AUGUST. Con qué?

MALIB. Con eso... con la triple alianza... (Aparte.) Vuelve por otra.

VIERA. No le haga usted caso. Hemos pasado el tiempo charlando. ¡Y qué historias me ha contado este don Cornelio, que todo lo sabe!... ¡Pero qué historias!... Estoy horrorizado, Augusta. ¡Las cosas que pasan en este Madrid...!

AUGUST. Sí, pasan cosas horribles, sobre todo desde que ha venido usted. (Á Malibrán.) Se queda usted á comer?

MALIB. No, gracias. Cómo en la legación turca. Y con su permiso... (Despídese Malibrán.)

OROZCO. Pero se va?

AUGUST. Sí, nos deja por los turcos.

VIERA. ¡Pero qué historias sabe este Malibrán!... ¡Y qué bien las cuenta!...

MALIB. Hasta la noche... (Vase.)

VIERA. (Á Augusta.) Usted, amiga mía, ha venido á desenojarme con su apacible y dulce trato, más propio de ángeles que de mujeres. Este hombre, á quien quiero como á un hijo, me ha tratado muy mal.

AUGUST. Vamos, que no va usted descontento...

VIERA. Abusa de su superioridad, como todos los mimados de la fortuna. Tomás, dime: ¿qué bienes existen, dentro de lo humano, que tú no poseas? Todos los tesoros que Dios concedé á los mortales, cuando se le antoja, han llovido sobre tu casa. Eres rico, vives estimado y ensalzado como un ídolo de estas muchedumbres burguesas que dan y quitan las reputaciones... y por encima de tantas glorias, hombre bendito, descuella la de poseer esta joya, cuyo precio ninguna lengua puede medir, ni ponderar... este ángel de fidelidad y de pureza que convierte tu casa en un cielo... esta mujer divina, en la cual la hermosura, con ser tanta, es eclipsada y oscurecida por la virtud...

AUGUST. Basta... (Aparte.) Me causa terror este hombre.

OROZCO. La adulación es la fuerza de los débiles.

VIERA. (Aparte.) La venganza es el placer de los dioses. (Alto.) Una sola cosa falta aquí.

OROZCO. Faltan tantas!...

VIERA. Vaya, que os he encontrado un defecto.

OROZCO. Habrá muchos.

VIERA. No, uno sólo... Que no tenéis hijos... *¡Macbeth no tiene hijos!*... Todavía... quién sabe! En eso os gano yo, que los tengo.

OROZCO. Para el caso que usted les hace...

ESCENA X

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que salen por la derecha.)

AUGUST. (Dirigiéndose á ellos.) ¿Se van ya? ¿Por qué no se quedan á comer?

INFANT. No, la tía Carlota tendría celos... (Por Clotilde.) Le he enseñado toda la casa.

CLOT. (Aparte.) ¡Vaya con el lujo que gasta esta gente!

AUGUST. Es de usted.

CLOT. Gracias. Cuando Pepe gane mucho dinero, que lo ganará, y seamos ricos, tendremos una casa como ésta... ¿verdad?

AUGUST. Sin duda. (Continúan hablando.)

OROZCO. (Después de examinar un papel que le da Viera.) Está bien: liquidadas las doscientas libras á 26,50, resultan pesetas cinco mil trescientas. Extenderé el talón enseguida. ¿Y la letra?

VIERA. Si no me diste timbre.

OROZCO. Yo la pondré. (Dirigese al despacho.)

VIERA. Ah! mi hija... Clotilde...

CLOT. Papá...

VIERA. ¿Estás contenta?

CLOT. ¿Cómo no estarlo en esta casa?

VIERA. Sí, aquí moran todas las dichas.

ESCENA XI

LOS MISMOS; FEDERICO (que entra por la izquierda, y al ver á Clotilde y su padre, se detiene en la puerta.) Después OROZCO.

FEDERIC. (Aparte.) Mi padre... Clotilde.

AUGUST. (Viéndole.) Adelante...

VIERA. Ya tenemos aquí al caballero de los espejos... digo, de los escrúpulos.

AUGUST. Vamos, abrace usted á su hermana.

FEDERIC. Usted lo quiere?

AUGUST. Y lo mando.

VIERA. Quien manda manda.

FEDERIC. Pues sea. (La abraza.)

AUGUST. Hay paces?

FEDERIC. Con ella sí, con ella sola. Desconoce la vida, y no sabe el daño que causa.

VIERA. Si la conoce... Esta sale á mí: tiene la veta económica. Tú sales á tu madre, toda imaginación y susceptibilidad.

INFANT. En fin, á lo hecho pecho, y puesto que Clotilde ha decidido por sí de su suerte, no hay más remedio que transigir.

FEDERIC. Yo... nunca.

VIERA. Yo sí... y les bendigo, y que sean felices. (Abraza á Clotilde.)

OROZCO. (Que sale del despacho con la letra de cambio y el talón. Á Viera.) Aquí está el talón... y la letra.

VIERA. Toma la obligación. (Recoge los valores que le da Orozco y los guarda en su cartera.)

FEDERIC. (Aparte, observándole.) Ha habido negocio. Recibe dinero.

VIERA. Pues sí, les doy mi bendición (mirando á Orozco) pero soy pobre, y no puedo darles nada más. (Á Clotilde.) No te importe. (Con fingida emoción.) Has caído en buenas manos. (Por Orozco y Augusta.) Ellos saben emplear en el alivio de todas las penas, en el remedio de las necesidades humanas, los inmensos bienes que Dios les ha concedido, y que por sus merecimientos y virtudes... les aumentará.

AUGUST. (Aparte.) Su frío sarcasmo me envenena.

OROZCO. (Aparte.) Nunca ví cómico igual.

VIERA. (Á Federico.) Y tú, buen mozo, (abrazándole) tampoco necesitas para nada de este viejo. Tampoco á tí te faltan apoyos, truhán. Nadie como tú. Tomás, Augusta, ¡cuánta gratitud os debo! (Casi llorando.)

No tenéis hijos, y me quitais los míos. Adiós, adiós.

OROZCO. (Dándole la mano.) Hasta otra.

VIERA. Ya no más. (Aparte.) Hipocritón, tengo quien me vengue. (Váse por la izquierda. Orozco le acompaña hasta la puerta.)

AUGUST. (Aparte.) Se va... Ya respiro.

CLOT. Adiós.

INFANT. Salgamos por aquí. (Por el salón.) (Augusta besa á Clotilde y la acompaña hasta la puerta del salón.)

OROZCO. (Á Federico.) Viejo menguado y torpe, ¡qué inocente va de la trastada que le juego!

FEDERIC. ¡Tú!

OROZCO. Yo.

FEDERIC. (Aparte, confuso.) ¿Qué pasa aquí? No entiendo una palabra. (Alto.) Y qué...? (Mirando alternativamente á Augusta y Orozco.)

OROZCO. Nada... (Mirándole fijamente.) Después te lo diré. (Cogiéndole por un brazo.) Ya te tengo cogido. (Augusta les mira desde el fondo de la escena.)

FIN DEL ACTO TERCERO